

**Juan Manuel SANTANA PÉREZ y Germán SANTANA PÉREZ,
La pesca en el banco sahariano. Siglos XVII-XVIII, Madrid, Libros
La Catarata, 2014. 333 pp. ISBN: 978-84-8319-878-0**

Pocas veces tiene el lector la oportunidad de encontrarse con una investigación en la que se ofrezca un panorama global de las características y las implicaciones históricas que se derivan de la producción pesquera en el Antiguo Régimen. En este sentido, el libro que aquí comentamos nos permite seguir los cambios que experimentaron los ritmos de la producción y las técnicas de pesca en el curso de los siglos XVII y XVIII, en coincidencia con las transformaciones que por esas mismas fechas conocía la economía canaria. Asimismo, nos informa también de las constricciones feudales que pesaron sobre el desarrollo del sector, del origen social del capital de las compañías de pesca, de cómo se realizaba el reparto social de los beneficios, de los niveles salariales de las tripulaciones, de su jerarquía y sus carreras laborales, de la comercialización de las capturas, de la incidencia que sobre ella tenían las lógicas de mercado, de la relación que mantuvo el consumo de pescado con los cambios acaecidos en la dieta alimentaria, etcétera. Ante esto, no es de extrañar que durante la época moderna la pesca haya contribuido a vertebrar y a articular tanto la economía del litoral como la estructura ocupacional de la población costera de las islas Canarias. Muestra de ello es, por ejemplo, que durante la segunda mitad del siglo XVIII un tercio del vecindario de Las Palmas estuvo directa o indirectamente relacionado con los beneficios generados por la pesca, ya fuese en el plano laboral o comercial.

Los tres primeros capítulos de la obra prestan atención a distintos aspectos de la producción pesquera. En el primero, se atiende a la reconstrucción de la organización empresarial sobre la que pivotaba el sector. De este modo, hacen su entrada en escena los propietarios del capital, los barcos y aparejos, quienes constituían sociedades temporales que se disolvían al término de cada campaña de pesca. Asimismo, también se atiende a la forma en que las tripulaciones procedían a la organización del trabajo, a la cuantía y reparto de sus retribuciones salariales o a la manera en que establecían su participación en las mencionadas campañas de pesca. Son pues el alma de una actividad que, en última instancia, estaba controlada y supeditada a los particulares intereses de los dueños de los barcos y los patrones de las embarcaciones, cuyas ganancias se caracterizaban por ser fáciles, de poco riesgo y muy abundantes, tal y como nos lo indica el hecho de que en algunas campañas accediesen a más del cincuenta por ciento de los beneficios brutos generados por la pesca. Esas enormes ganancias fueron, junto a la pervivencia de una mentalidad tardofeudal, uno de los factores que explica que los “poderosos” del sector en las Canarias, y a semejanza de como en su día hicieron los grupos de privilegiados que en Galicia patrocinaron la pesca hasta la llegada de los catalanes, no mostrasen demasiado interés en la realización de

inversiones o en la introducción de mejoras tecnológicas que hiciesen más productiva y competitiva esta actividad. Con todo, los autores del trabajo no fían el estado de la pesca en las islas durante los siglos XVII y XVIII únicamente al predominio de una mentalidad o a la mera obtención de un beneficio económico que garantizase la posición de las élites locales en el seno de la sociedad canaria. Cuestiones como las dificultades existentes para la comercialización exterior de la pesca, las constricciones sociales y culturales que pesaban sobre el consumo de pescado o la crisis por la que atravesó la economía de las islas, también son tenidas en cuenta.

En los capítulos dos y tres se presenta y sitúa la localización de los distintos caladeros, aprovechando al mismo tiempo para explicar al lector la relación que existió entre el tipo de mar y el tipo de pesca realizado, la naturaleza de los barcos y aparejos empleados en la misma o la duración y estacionalidad de las campañas. Igualmente, se muestra cómo el acceso a esos caladeros estuvo condicionado en el siglo XVIII por los avatares que experimentaron las relaciones internacionales y la política española en el norte de África. De lo primero nos ofrece una ligera idea el temor que se extendió entre las autoridades insulares durante la segunda mitad del siglo XVIII a que Inglaterra pudiese apoderarse de la pesca de las costas africanas; de lo segundo, las negociaciones que distintos ministros españoles llevaron a cabo con el embajador marroquí en Madrid por las mismas fechas. Esta aproximación a los caladeros de pesca se completa con el estudio de la presencia y el trabajo que desde finales del siglo XV realizaron los pescadores isleños en el Banco de Arguin. No obstante, pese al indudable interés de las informaciones de ambos capítulos, o quizás precisamente por eso, no hubiese sido una mala idea que los autores los hubiesen empleado para abrir la obra, pues sitúan al lector en el epicentro mismo de la pesca canaria.

El cuarto capítulo está dedicado a la comercialización de la pesca. De este modo, vuelven a salir una vez más a la luz las clásicas limitaciones que pesaban sobre el desarrollo del sector en el seno de una sociedad de Antiguo Régimen. No en vano, en ella la pesca era considerada por quienes la practicaban como una actividad complementaria a la agricultura y por quienes la financiaban como un complemento a su principal fuente de ingresos, fuese esta de origen rural o comercial. Esto, junto a los factores ya anotados, explica que el principal mercado de la producción pesquera canaria se redujese en lo básico al conjunto insular. En estas condiciones se entiende que la pesca fuese una actividad estacional y que la intensidad de su ejercicio, como el mismo consumo de pescado, dependiese en cierta medida de los avatares por los que atravesaba la producción agrícola.

Aunque más allá de este tipo de cuestiones, comunes por otro lado a lo sucedido al respecto en otros puntos del territorio peninsular, quizás una de las principales aportaciones de este capítulo sea el intento por explicar qué es lo que se esconde tras la continua intervención de los poderes públicos en la venta de pescado, tras ese afán por garantizar el correcto funcionamiento de los mercados locales, en particular, en las poblaciones rurales del interior de las islas. Una intervención que parece no sólo tuvo que ver con la clásica preocupación que dichas autoridades mostraban por el abasto alimentario de los pueblos, villas y ciudades, por garantizarles una determinada dieta en tiempos de cuaresma, o con el tradicional paternalismo que empleaban las clases dirigentes para relacionarse con las clases subalternas, visto que en los territorios donde se desarrollaba agricultura muy especializada con destino a la exportación, como la vitícola, los grandes cosecheros necesitaban de un alimento barato para los jornaleros que trabajaban sus viñas, y ese alimento era el pescado. De ahí el interés de las autoridades locales por garantizárselo, al objeto de que los citados cosecheros pudiesen mantener unos precios del vino competitivos en los mercados internacionales, garantizándose así tanto unas ganancias seguras como el mantenimiento de un sistema de producción y dominación social en el campo que

funcionaba en su propio y particular beneficio. En estas circunstancias, cobra sentido la preocupación que a finales del XVIII mostraron las autoridades insulares por desarrollar y potenciar el sector pesquero. Algo de lo que se da cuenta en el capítulo quinto, dedicado a las salinas. Su expansión al término de esta centuria se relaciona con el incremento que por esas fechas conoció el consumo de pescado entre los isleños. Una sal en cuyo comercio encontraremos a importantes mercaderes canarios, pero también a destacados personajes que ocupaban cargos en las estructuras de poder y el gobierno del archipiélago, caso de los procuradores de la Audiencia, los regidores, los almojarifes..., y cuya estrecha vinculación con las autoridades municipales y los grandes productores agrícolas era más que evidente.

Después de lo dicho, es comprensible que el último capítulo de la obra esté dedicado a los esfuerzos que la Corona y los ilustrados llevaron a cabo a finales del XVIII para conseguir que se produjese una explotación racional del banco sahariano y, con ello, la consiguiente modernización del sector. En este proceso destacan por ejemplo las demandas de la Real Sociedad de Amigos del País de Las Palmas, la cual pidió la adopción de medidas que liberalizasen la venta de pescado. Algo a lo que, lógicamente, se opusieron los grupos que detentaban el poder a nivel local; una oposición a la modificación del *statu quo* socioeconómico y político existente en la isla hasta la fecha que ya nos es comprensible en el plano histórico. Para mantenerlo, apelaban a los viejos argumentos de corte paternalista relativos al bienestar de los pescadores, a los problemas que suscitaba el abasto alimentario y al mantenimiento de la paz y el orden social. Por su parte, las medidas tendentes a desarrollar y modernizar el sector contaron en el ramo de la pesca con la oposición de los armadores, de los “poderosos”, agrupados en el Cuerpo de Dueños y Patrones de Embarcaciones al que hemos aludido más arriba. Una oposición a dos bandas que hizo que los intentos de los ilustrados por mejorar la actividad pesquera en el banco sahariano mediante exenciones fiscales, la financiación de nuevos proyectos pesqueros o el apoyo económico otorgado a nuevos empresarios fracasasen. Así se explica que durante la primera mitad del siglo XIX la pesca continuase siendo un sector muy poco desarrollado en las islas y que la búsqueda de alternativas a la misma, tratada en el capítulo octavo que cierra esta monografía, no pasase de ser una mera anécdota, caso de lo relativo a la pesca de la ballena.

Ya finalizando, aunque la presentación formal de los tres primeros capítulos de esta obra pueda ser discutible, el conjunto del trabajo aporta datos e informaciones que permiten al lector incardinar la evolución, los cambios y permanencias que experimentó el sector a lo largo del Antiguo Régimen, con las lógicas de explotación y dominación social que en la época emplearon las tradicionales clases dirigentes para mantenerse al frente de la sociedad isleña. En este contexto, es obvio que la pesca, la actividad pesquera en el banco sahariano, no fue algo banal, sino un fenómeno económico de fuertes y profundas implicaciones sociales y políticas.

Isidro Dubert
Universidade de Santiago de Compostela